

Consumo versus participación

El documento titulado “La cultura ilumina el Chile del bicentenario. Definiciones de Política cultural 2005-2010”, del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, logra recoger, sin lugar a dudas, las falencias más relevantes en nuestro medio y tiene la virtud de proyectarse al futuro.

Gracias al bicentenario ha sido posible poner metas. Las metas son ambiciosas y complejas, implican cambios estructurales, no sólo de forma sino sobre todo de contenido. El documento presenta de manera bastante detallada las expectativas creadas a partir de los cambios introducidos en los últimos años, poniendo énfasis en el desarrollo de las industrias y sus mercados. Dentro de esa línea creo que la infraestructura cultural es fundamental, sea ésta pública, privada o mixta. Sin embargo, el modelo mixto me parece el más indicado para el momento actual de nuestra sociedad. Cuando se habla de nuevas carreteras, del mejoramiento del transporte urbano, de la gran cobertura alcanzada por el Metro de Santiago, de la reducción de la jornada laboral, y de tantos otros avances, que serían largos de enumerar, olvidamos mirar desde dónde se generan estas mejoras. No sólo tienen que ver con negocios, empleos y otros elementos socio-económicos, si no con el desarrollo en el sentido más amplio, y esto es también responsabilidad del Estado.

Entre las prioridades del Estado está mantener y mejorar la calidad de vida, que históricamente tiene una relación con lo social, como es el derecho a una vivienda digna, una atención oportuna en salud y la educación. Siendo lo anterior básico para un individuo, no menos importante es el tiempo libre, el tiempo para el ocio. Aquí es donde comienza la gestión, y el trabajo de la “cultura”, ¿qué se hace con ese tiempo de recreo?, ¿qué es lo que nos interesa como sociedad, seguir recluyéndonos en nuestras casas, salir a grandes centros de consumo para adquirir cada vez más bienes, o ir a la búsqueda de puntos de encuentros, para compartir y crear una identidad cultural propia? Todos estos avances tienen que ir en beneficio del reencuentro ciudadano. Es por esta razón que las políticas culturales tienen distintas variantes, desde lo nacional, a lo local, pasando por lo institucional. Es por ello también, que ninguna política cultural puede entenderse sino ligada a un territorio.

Por otro lado y tal como lo sostiene el experto mexicano Néstor García Canclini, la política cultural es concebida como un conjunto de acciones que realizan diversos agentes para orientar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales y

obtener consenso o disenso sobre un tipo de orden social. Por lo tanto, ninguna política cultural puede ser formulada por un solo agente, sea éste el mercado, el Estado o la comunidad autogestionada. Es por ello, que creo necesaria la puesta en práctica de elementos a largo plazo con respecto a la creación de nuevas audiencias, no sólo como consumidores culturales sino también como participantes activos del desarrollo sustentable de nuestras identidades culturales.

En todos los textos siempre se habla de consumo cultural, ¿por qué no hablar de participantes? Este cambio se relaciona no sólo con el carácter peyorativo que tiene la palabra consumo como sinónimo de adquisición de bienes, sino además con los alcances de la participación cultural. Uno no sólo compra un boleto de cine, teatro o danza y se sienta a recibir el espectáculo por el que pagó. Uno espera algo más, y ello está íntimamente ligado al contenido y la forma de lo presentado. Un espectador espera que se gatille en él algo que lo haga descubrir un nuevo mundo o la representación del mundo cotidiano pero con ojos distintos. Ese es un primer nivel de participación. También podemos hablar de participación por el hecho de compartir un espacio físico con otras personas. La opción por ver un espectáculo en un mismo recinto, a la misma hora, entre una diversidad de posibilidades para usar su tiempo libre es lo que define la participación específica. Los compañeros de butacas están por razones similares, o sea, un grupo de gente se junta frente a una misma manifestación, por que tienen intereses en común. En un tercer nivel aparece el diálogo que se produce inevitablemente a la salida de los espectáculos en vivo, de cine o de artes visuales relacionado con el compartir las experiencias recogidas. Ese comentario trasciende y se proyecta en el entorno inmediato del espectador, es el llamado boca a boca, que motivará la participación de otros.

Por lo tanto, la participación cultural es lo que nos mueve y no el consumo. Dejemos el consumo a los malls y la participación a los espacios culturales.

Tiempos de definiciones

¿Cómo entrar en el debate del mundo de la cultura y no caer en promesas difíciles de cumplir?

Me parece que el debate hay que retomarlo desde una perspectiva distinta. Queremos crear hábitos culturales tales como los que se impusieron con la televisión, queremos transformar los eventos culturales en políticas de Estado. Queremos convivir con las empresas privadas de manera más armónica. ¿Queremos ser reconocidos sólo por nuestras exportaciones o también por el nivel de nuestros creadores en el extranjero? Que yo sepa, gran parte de la humanidad conoce el país de origen de Pablo Neruda, Roberto Matta y Claudio Arrau, pero no me queda claro si en cien años más alguien todavía recuerde el nombre de las empresas de mayor facturación en el país. Creo que todos estos años, en los que se ha hecho mucho más de lo que la mayoría quiere reconocer, nos han dejado una madurez suficiente como para enfrentar estos tópicos, no desde las exigencias sino desde el diálogo. No desde lo que nos falta, sino desde lo que tenemos. Nuestra identidad se debe construir a partir de los creadores, los gestores y la comunidad; son todos ellos quienes conforman a los actores culturales y no por separado.

Se plantea mejorar la situación de la previsión social del mundo artístico. Sin embargo, el 95 % de la gente que trabaja en el mundo de la cultura y las artes no tiene previsión alguna, son trabajadores independientes y rara vez cuentan con contratos a tiempo indefinido o incluso definido. Se trabaja a boleta de honorarios, por lo que prometer una vía de solución para los actores, artistas visuales, bailarines y creadores en general es bastante compleja. El sistema de los "intermittents du spectacle" en Francia está en crisis, ya que si bien se les reconoce una cierta especificidad en la labor que ejercen estos profesionales, claramente trabajan en un sector subvencionado y regulado ya sea por el Estado Central, Colectividades Territoriales o Municipios. En nuestra sociedad hay un gran desconocimiento respecto a las leyes laborales de este sector. Estamos preocupados de la jubilación cuando la supervivencia diaria no está

asegurada. Por supuesto hay excepciones, el derecho de autor es una de ellas y los pocos sindicatos que existen también.

Cuando se habla de descentralización, quedo sorprendido al escuchar las críticas referidas a la dispar distribución de financiamiento de parte del Fondart. Sin embargo, creo que en los últimos años se ha realizado una adecuada lectura con respecto a las necesidades de las regiones. Es decir, sabiendo que los recursos aún no son todo lo que se quisieran, la distribución se hace proporcional a la capacidad de desarrollo y de acoger proyectos de alto impacto y viabilidad que tienen dichas regiones. Esta distribución no puede pretender ser igualitaria hasta no solucionar el tema central que tiene que ver con crear las condiciones adecuadas para el desarrollo de la diversidad y participación. ¿Cómo se pueden equiparar las actividades que se producen en la Región Metropolitana donde reside un tercio de la población y más del 80 % de los creadores con las otras regiones? Se nos habla de falta de oportunidades, no obstante, para crear esas oportunidades tienen que existir mercados reales y cuando ello en Chile no está subvencionado se hace muy difícil. ¿A qué se va un artista a la duodécima región si no tiene cómo vivir de ello?

Se nos habla de integrar expresiones artísticas desde la temprana edad, para lo cual hay que capacitar a los profesores con herramientas para enseñar danza, teatro, música, etc... Sin embargo, ello no va a resolver la cesantía crónica de los creadores. Por otra parte, se siguen creando carreras artísticas en las universidades privadas, bajo el pretexto de que dan empleo a artistas en labores docentes. Si bien esto se produce, ¿qué pasa con los chicos a los que estamos preparando si no tienen donde desarrollarse en el futuro?.

Se habla de infraestructura cultural: en todas las comunas de más de 50 mil habitantes se plantea construir una biblioteca y un centro cultural. ¡Qué sueño más hermoso! Sin embargo, ¿está dispuesto el Estado a invertir en bibliotecas y espacios culturales en esa magnitud? La Dibam ha demostrado proyectos como los carros, bibliobus, las ferias y las biblioredes, que cumplen la misma función que las bibliotecas tradicionales, por lo tanto, sería mejor profundizar en

experiencias como éstas. Con respecto a los centros culturales, no son un fin en sí, son estructuras que permiten desarrollar políticas desde la comunidad y sus creadores, incentivando la participación ciudadana “en los procesos culturales”.

Se nos dice que hay que llevar actividades a todos los rincones de Chile. Sí, pero cómo hacemos que no sólo sean eventos puntuales, donde las comunidades deben esperar todo un año para volver a recibir nuevas actividades. Cómo construimos identidades, si no hay proyección en el tiempo. En Francia desde los años 80, el presupuesto a la cultura representa el 1 % del presupuesto nacional, en Chile se quiere homologar aquello. Pero se introduce en ese 1 % la participación de la empresa privada, lo cual me parece un poco alejado de la realidad que se vive, teniendo en cuenta el aporte privado a la cultura. Revertir esa situación implica detectar cuáles son los puntos convergentes entre la responsabilidad social empresarial y las políticas públicas para buscar una mayor sintonía.

Sin embargo, la gran problemática se encuentra cuando uno escucha las demandas de nuestro sector sobre todo en tiempos electorarios. Cada actividad sobrepone sus problemas sobre las otras, cada uno quiere su parte, pero rara vez se escucha desde la “ciudadanía Cultural” un discurso unitario. Nuevamente, debido a la especificidad de cada sector cultural y de sus protagonistas, es muy difícil buscar soluciones parejas que los dejen conformes a todos y cada uno de ellos. Por ejemplo, se confunde muy a menudo la realidad de las industrias con respecto a la artesanía cultural: ambas son muy distintas y complejas. Los problemas de las navieras no son los mismos que las de los pescadores artesanales.

Me gustaría escuchar luego del diálogo, la definición de las prioridades. Tal como lo dijo la doctora Bachellet “tenemos que definir las prioridades”. Bueno, es el momento de sentarse, y con toda la humildad y la experiencia acumulada abocarse a ello.